

BELLAS ARTES.



(Miguel Angelo.)

A NUESTROS LECTORES.



El *Semanario pintoresco español* acaba de entrar en el sexto año de su carrera. Fiel á su propósito de realizar en nuestro país una publicación útil y amena que pueda

Segunda serie. — TOMO III.

servir de grato entretenimiento y de instrucción á todas las familias, y hacerla aun mas agradable con la aplicacion de los adelantamientos tipográficos que en el dia embellecen las producciones de la prensa; puede esperar en el año que ha empezado llegar á ver completamente realizado el pensamiento que presidió á su fundacion. Cuenta para ello con la colaboracion de nuestros mas distinguidos literatos y artistas; con las adquisiciones que su director ha he-

10 de enero de 1841.

cho en recientes viajes á los países extranjeros de muchos de los medios artísticos de mejora de que hasta aquí hemos carecido, y mas que todo, con la constancia de nuestros suscritores, que no negarán su favor á una obra que han sostenido en sus principios, y que, gracias á este continuado apoyo, puede hoy aspirar á responder dignamente á la que el público merece.

Nadie mejor que nosotros reconoce las muchas circunstancias de que aun carece para poder presentarse con decoro al lado de las bellísimas producciones de esta clase en otros países; por el propio interés, por el justo orgullo nacional, y por el agradecimiento para con nuestros suscritores, nadie mas deseoso de que desaparezcan los inconvenientes materiales que se oponen á la perfeccion en este ramo; pero no bastan solo nuestros deseos; causas superiores que reconocen bien los que se ocupan en publicaciones de esta clase, y que han hecho morir tantas y tantas de ellas, son y serán todavía un insuperable obstáculo para que nuestra prensa literaria pueda elevarse á la altura de la época. Los escasos medios que entre nosotros produce una publicación literaria, sobre todo cuando ha de sostenerse en un precio tan módico como la nuestra, es sin duda la principal de aquellas causas; pero aun hay que añadir otras mas sensibles; con ellas son, la imperfeccion y carestía de los objetos de que ha menester. El papel, por ejemplo, cuya fabricación permanece aun tan atrasada en España, tal paso que su precio aumenta escesivamente, y que se prohíbe la introduccion del extranjero; el corto número de nuestros artistas, y lo poco que pueden premiar sus apreciables esfuerzos para competir con los extranjeros; la escasez, en fin, de todos los elementos materiales; del movimiento literario, industrial y mercantil que cualquiera publicación periódica necesita, son y serán largo tiempo obstáculos invencibles á todo buen deseo en esta parte.

Baste decir á nuestros lectores en desagravio de las faltas que diariamente nos hemos visto obligados á cometer, que el papel que hemos usado lo hemos pagado á precio justamente doble del excelente que usan en París el *Museo de familias*, y el *Almanac pintoresco*; que hemos intentado usar del extranjero, y se nos ha negado su introduccion; que nuestra suscripcion (que nunca ha pasado de dos mil suscritores) ha tenido que hacer frente á tantos gastos como aquellas empresas que siempre han contado mas de treinta mil; que nos hemos visto obligados á dar á conocer los primeros en nuestro pais el grabado tipográfico, y por consecuencia á usar los ensayos de nuestros jóvenes artistas y pagar su aprendizaje; que escasos de todos los necesarios utensilios hemos tenido que traer del extranjero á grandes costos y con no pocas incomodidades, hasta las maderas preparadas para el grabado; que ademas de los frecuentes extravíos y faltas de los correos que ocasionaba la guerra, y de que se han quejado todos los periódicos menos el nuestro, no hemos hallado un medio seguro de hacerle llegar regularmente á nuestras posesiones de América en donde únicamente pu-

diera tener alguna salida, por faltas de la administracion en este punto; y que, en fin, careciendo como carecemos de descripciones y dibujos locales y de interés nacional, los artículos que á ello hemos consagrado nos han hecho sostener una larga correspondencia y celoso cuidado para buscar en nuestros pueblos de provincia colaboradores de saber y conciencia en cuyos relatos pudieramos fiarnos.

Nuestro propósito, sin embargo de todas estas contradicciones, no nos ha abandonado, y confiados en él y en la indulgencia del público, hemos emprendido el sexto año de nuestra publicacion con mas confianza que los anteriores.



MIGUEL ANGELCO.



Miguel Angelo Buonarroti, cuyo nombre ocupa un lugar distinguido en la historia de las artes modernas, nació en Chiusi, territorio de Arrezzo, y era descendiente de la ilustre familia de los condes de Canossa. Miguel Angelo fue uno de aquellos favoritos de la naturaleza, que parece complacerse en reunir en una sola persona muchas excelencias, cada una de las cuales bastaria para adquirir celebridad á diferentes ingenios. Era en efecto eminente en la pintura, escultura, arquitectura y poesia, y ademas poseia otros varios dotes.

Desde su mas tierna juventud dió indicios de una habilidad como artista, la mas prodigiosa, y aunque al orgullo de sus padres era intolerable la idea de educar al joven Miguel como pintor, consintieron al fin ponerle bajo la direccion de los hermanos Chirlanday, reputados entonces por los mas célebres pintores de aquel siglo, los que en menos de dos años tuvieron la sinceridad de confesar que el discípulo era ya superior á sus maestros. Efectivamente Miguel Angel á la edad de quince años ya no tenia ni profesores

ni obras de quien aprender, mas de lo que era capaz de ejecutar por sí mismo, y así se entregó á los impulsos de su genio, á cuya peculiar circunstancia se deba acaso la originalidad que constituye el carácter de sus obras.

Lorenzo de Medicis, llamado el magnífico, concibió la idea de formar una escuela de escultores en Florencia, y uno de los que eligió al efecto fue Miguel Angelo, el que en muy breve tiempo se hizo admirable en la escultura; pero habiendo muerto el protector, quedó disuelta la academia, y Miguel no tuvo en que ejercitarse en mucho tiempo á causa de la poca afición que en aquella época habia á las artes, hasta que el prior de la iglesia del Espíritu Santo le dió el encargo de hacer un crucifijo, á cuyo efecto le dió habitación en el convento, y le facilitó cadáveres humanos para estudiar la anatomía casi ignorada en aquel siglo: allí fue donde el jóven artista adquirió el profundo conocimiento en la miología, que le dió á conocer como el mas distinguido de los delineadores.

El papa Julio II le llamó á Roma, y le encargó la escultura de su monumento, y las pinturas de la capilla Sistina, obras consideradas como prodigios del arte por la sublimidad de su ejecución.

Empleado posteriormente por los papas Leon X, Adriano VI y Clemente VII hizo sucesivamente los célebres cuadros del Juicio final, la conversión de S. Pablo, la crucifixión de S. Pedro, las célebres estatuas de Moisés, de David y de Baco, y otras muchas que han sido generalmente admiradas.

Por muerte de Bramante fue escogido Miguel Angel para continuar la fábrica de la basílica de S. Pedro, corrigiendo el plan original, y reduciendo á orden la confusión ocasionada por la variedad de planes antes adoptados.

Su estilo de arquitectura era distinguido por la grandeza y atrevimiento de sus concepciones, y en sus ornamentos brilló la pureza característica de su imaginación.

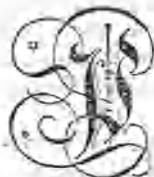
Las obras poéticas que escribió en sus horas de ociosidad muestran igualmente la grandeza de su genio. Así pasó la vida este célebre artista sobresaliendo en cuanto emprendía, hasta que agoviado por una edad muy avanzada, y sintiendo su próxima disolución, á la que le conducía una fiebre lenta, llamó á su sobrino Leonardo, y le dictó su testamento reducido á estas palabras.

"Yo dejo mi alma á Dios, mi cuerpo á la tierra, y mis bienes á mis parientes mas cercanos."

Poco despues entregó su espíritu al Criador en 10 de febrero de 1564 á la edad de 90 años.

LUIS VIVES.

(Véase el número anterior).



ARECIA que Vives se habia dedicado ya enteramente á la literatura profana, abandonando las materias religiosas que eran tan del gusto de todos los escritores contemporáneos.

Pero se vió en la precision de retractar su propósito á instancias de Erasmo, que le persuadió á que revisase y comentase los libros de la ciudad de Dios de S. Agustin, conforme lo habia hecho él con las obras de S. Cipriano y San Gerónimo. Aceptó Vives con mucho gusto este trabajo, aun-

que faltó de libros, y no muy sobrado de recursos pecuniarios. Con todo, el éxito no correspondió al gran trabajo y diligencia que puso en esta obra, que agotó sus fuerzas y aun su salud, pero no su erudición. Habiéndose impreso á costa de Erasmo, á quien gustó mucho, fué recibida en Francia y Alemania con mucha variedad. Por el contrario en España fue prohibida por la Inquisición (1), y solo se le hizo justicia en Inglaterra, donde fue acogida con tanta aceptación que Enrique VIII, á quien el papa Leon X acababa de condecorar con el título de defensor de la fé, se dignó ponerle algunas anotaciones de su propia mano, y ademas le escribió con fecha 24 de enero de 1523 desde Greenwich llamándole á su corte, exhortándole á que viniese á encargarse de la enseñanza de su hija la princesa Maria.

Admitió en efecto, y volvió desde Valencia á donde habia ido á ver á su familia. Parece que todo se conjuraba para que no permaneciese en España: á la poca aceptación que sus obras habian tenido en ella, se agregó la aflicción que le causó el ver el estado deplorable en que se hallaba su patria, por la agitación de las germanias: finalmente habiéndole ofrecido el duque de Alba en gran partido si queria encargarse de la educación de sus sobrinos, fué víctima de una intriga grosera, perdiendo de este modo Vives un acomodo ventajoso, y que apetecía; y la nación la posesión de uno de sus hijos que pudiera haberle hecho grandes servicios con sus escritos.

Luego que llegó á Inglaterra y tomó posesion del encargo que se le habia confiado, compuso aquel mismo año (1523) un libro para la enseñanza de la princesa, sobre los estudios de los niños (*de ratione studii puerilis*) el qual dedicó á la reina de Inglaterra doña Catalina de Aragon, su protectora. Igualmente le dedicó otra obra que compuso sobre la instrucción de una mujer cristiana (*de institutione femine christianae*); que comprende los tres estados de una mujer soltera, casada y viuda, y las obligaciones de cada uno de ellos, los cuales tres estados habia tenido la reina, que antes de casarse con Enrique VIII habia enviado del príncipe Arturo su hermana.

Gustóla tanto á la reina Catalina, que mandó al punto á su tesorero que la tradujese al inglés, y la hiciese circular. Ademas instó á Vives á que tomase el grado de doctor en leyes en la universidad de Oxford, en donde residia con la princesa Maria, y llegó á tal punto su deferencia, que solia ir allí con el rey su esposo para ver los adelantos de su hija, y oír las esplicaciones de Vives en la universidad.

Al año siguiente volvió á Brujas para casarse, como lo verificó el dia 26 de mayo con Margarita Valdaura, teniendo él 32 años y su esposa 20: era Margarita una de las jóvenes mas cabales y hermosas de su tiempo, hija de un comerciante de Brujas descendiente de España, y de Clara Cervent, tambien valenciana. Fue este casamiento muy á gusto de los reyes y del cardenal Wolsey que se mostraba muy propicio á Vives, por lo qual le dedicó estas dos oraciones ó arengas de Sócrates, traducidas del griego: y intituladas la una *Oracion areopagitica* sobre la antigua república de los atenienses, y la otra al rey *Nícoles* sobre la administracion del reino: en ambas se encuentran muy útiles consejos sobre el modo de conservar el justo equilibrio entre los poderes del Estado.

Al mismo tiempo escribió varios folletos sobre los acontecimientos políticos que agitaban la Europa. Entre ellos se han conservado algunos, que tratan sobre la prisión del

(1) El motivo fue sin duda por saberse la mucha parte que le esta obra habia tenido Erasmo, que estaba muy mal visto en España. Pero habiéndose quejado agríamente algunos prelados de esta prohibición, se levantó la censura algunos años despues.

rey de Francia: de la paz entre el César y el rey Francisco: de las disensiones de Europa y guerra de Turquía: sobre el estado y tumultos de Europa, y otros varios. Con motivo del hambre que hubo por aquel tiempo escribió también dos libros sobre el socorro de los pobres (*de subventione pauperum*); en el primero trata de la caridad de los particulares, y en el segundo de la caridad pública ó por lo que respecta al gobierno. Compadecido de los grandes disturbios que agitaban el continente en aquella desastrosa época, trató de poner remedio en lo que podía, como filósofo, y escribió una obra que dirigió al emperador Carlos V, sobre la concordia y discordia del género humano.

No fue muy larga la prosperidad de Vives. Luego que Enrique VIII intentó su ridículo divorcio con la reina Catalina de Aragón, Vives, á fuer de buen español y buen católico, se adhirió á la causa de su bienhechora, que defendió de palabra y por escrito. Entonces con motivo del destierro de la reina, y el abandono en que se dejó á sus hijos, se vió Vives reducido á la mayor estrechez, y precisado á meterse en un camaranchon de Palacio, donde apenas cabía de pies, y ni aun tenía mesa para escribir.

En una carta latina que dirigía á su amigo Miranda por aquel tiempo le decía estas tristes palabras: "veome sobre todo en la precision de nárar por mi salud, y mas aqui, donde si llevo á enfermar me echarán en algun muladar, y no tendré ni aun quien me mire, como si fuera un perro enfermo."

Habiéndose el rey acordado de Vives le pidió su dictamen sobre aquel texto del Levítico, "el hermano no se case con la mujer de su hermano." Pero Vives que era en extremo veraz y sincero, á pesar de que conoció el lazo, contestó con tal libertad y entereza, que exasperado el tirano, le mandó poner preso en un hediondo calabozo: en esta situacion estuvo seis semanas, al cabo de las cuales fue puesto en libertad con la condicion de no volver á entrar en palacio, por cuyo motivo se volvió á Brujas con permiso de la reina.

Pero habiéndose tratado de poner en tela de juicio el pretendido divorcio, para lo cual habian sido nombrados jueces los cardenales Campegio y Wolsey, la reina le volvió á llamar para que hiciese de abogado suyo en aquel tribunal. Respondióle Vives ingenuamente que creia indecoroso el que se sujetase á defenderse, pues le valia mas el ser condenada, que no el poner á discusion la indisolubilidad de su matrimonio. Disgustó á la reina esta respuesta, (á pesar de que despues la ejecutó) y de sus resultas sucedió lo que el mismo escribia á su amigo Juan de Vergara: "el rey y la reina me han quitado ambos la pensión anual con que me mantenía, el uno por enemigo y la otra por ingrato: así es que ignoro como he podido mantenerme estos tres años, aunque entiendo que vale mas lo que da Dios insensiblemente que lo que se saca de los hombres con tanta abulla."

Dedicóse Vives en este último tercio de su vida á concluir varias de sus obras que habia dejado incompletas, y en especial á dar la última mano á la *do la corrupcion de las artes*, que aun no habia publicado.

Grande fué el crédito y reputacion que atrajo á Vives esta obra entre todos los sábios de Europa, de modo que asegura Andrés Escoto que insensiblemente se formó un triunvirato para arreglar la república literaria, compuesto por Budeo, Erasmo y Vives, en el que ponian el uno el ingenio, el otro la *afluencia*, y Vives un *juicio sólido*.

Dejó tambien sin concluir una obra sobre la verdad de la Fé cristiana, que fue lo último que escribió. Publicóla despues de su muerte su esposa Margarita, y la dedicó ella misma al pontífice Paulo III como habia deseado Vives.

Murió en Brujas el dia 6 de mayo de 1540, á la edad de 48 años, y habiendo muerto su esposa 12 años despues,

sus cuñados los enterraron juntos, poniéndoles el siguiente epitafio.

D. O. M.

JOANNI LUDOVICO VIVI VALENTINO, OMNIBUS VIRTUTUM
ORNAMENTIS, OMNIQUE DISCIPLINARUM GENERE
ET AMPLISSIMIS,
IPSIUS LITTERARUM MÓNUMENTIS TESTATUM EST CLARISSIMO
ET MARGARITAE VALDAURA KARAE PUDICITIAE OMNIBUSQUE
ANIMI,
DOTIBUS MARITO SIMILIMAE, UTRISQUE UT ANIMO ET CORPORE
SEMPER CONJUNCTISSIMIS, ITA HIC SIMUL TERRAE TRADITUS
NICOLAUS
ET MARIA VALDAURA SORORI ET EJUS MARITO B. M.,
MODESTISS. POSUERUNT.
VIXIT JOANNES ANNOS XLVIII, MENSES II, MORTUUS BRUJIS
PRIDIE NONAS MAJI
ANNO MDXL: MARGARITA VIXIT ANNOS XLVII MENS IX OBIT
PRIDIE IDUS OCTOBRIS ANNO MDLII.

Fue Vives toda su vida muy achacoso, y especialmente en los últimos años muy molesto de la gota: contribuyó tambien á empeorar su salud lo mal que le probó el clima de Inglaterra y la miseria en que vivió allí los últimos años que estuvo. Casi toda su vida fue pobre, y sucedióle como á Cervantes, pues la escasez de recursos le obligó á escribir para sustentarse. En cuanto á su carácter personal todos convienen en que fue piadoso y muy afable, modesto y veraz.

Sus obras han servido siempre para la instruccion de la juventud, pero mucho mas en la época en que las escribió, en que no habia casi otras, ni mejores de que disponer; y en especial lo fueron entonces de Felipe II durante su niñez, lo cual hizo creer á algunos que Vives fue maestro suyo.

Con este motivo refiere un autor antiguo (Gaspar Barley, poeta flamenco) que al entrar en Amberes el emperador Carlos V con su hijo Felipe, entonces príncipe de Asturias, y de edad de unos 10 ó 12 años, el emperador saludó á los burgo-maestros con la mayor afabilidad, y quitándose la gorra, por el contrario Felipe apenas les hizo un saludo, viendo lo cual su padre le dió allí mismo un bofetón diciéndole con aire severo: "¿es esto lo que habeis aprendido de Vives?"

(*Est cela ce que vous avez appris de Vives?*)

Las obras de Vives son al pie de sesenta, sin contar las cartas, y todas en latin: no hay noticia de que escribiese en lengua vulgar mas que un librito sobre el arreglo de los estudios que escribió en valenciano, y dirigió al ayuntamiento de su patria, y casualmente es una de las pocas obras suyas que se han perdido. A pesar de eso supo además del valenciano, castellano y latin, el griego y el hebreo, el italiano, flamenco, francés é inglés, y todos con perfeccion.

El año 1555 se hizo en Basilea una coleccion de las obras de Luis Vives; pero es mucho mejor la que se hizo en Valencia el año 1782 bajo la direccion de D. Gregorio Mayans y á espensas del arzobispo D. Francisco Fabia y Fuero.

Esta edicion consta de ocho tomos en folio con hermoso papel, y grandes caracteres; monumento glorioso que honra igualmente al hijo que á la patria que se lo dedicó.

V. DE LA F.



EL REMEDIO DEL AMOR.

(novela.)

I.



En el fondo de un dilatado valle de Navarra, coronado de altas y escarpadas rocas que asoman su frente entre bosques de antiguas encinas y copudas hayas, al márgen del Ega cristalino y caudaloso que atraviesa serpenteando, como un inmenso dragón de plateadas escamas, elevase una quinta, cuyas paredes, ceñidas de amorosa yedra y de lozana y retorcida parra, se miran retratadas en las puras olas del río, que besan respetuosamente sus carcomidas plantas. Era su dueño una señora de sin par hermosura que huyendo del excesivo calor de la corte de España, y deseando conocer este país famoso, que acababa de ser teatro de la guerra civil, vino por vez primera á visitar las posesiones que en él tenía, á principios de junio del año próximo pasado. Doña Angela, que así se llamaba, era de mediana edad, de graciosas facciones, y talle gentil: su carácter franco, alegre, bullicioso; y sus costumbres irreprehensibles, si la naturaleza no la hubiese hecho mujer. Su estado no pudiera decir ella misma cual fuese: casada por poderes sin conocer á su esposo, que era un rico comerciante americano, llamado D. Juan de Sevilla, y separada de él habia diez años, al mes de haberle conocido, por no poder sufrir su genio sobradamente celoso y adusta condicion, ignoraba en tanto tiempo que suerte le habria cabido, no sin algun remordimiento, no sin resentirse su amor propio de que el hombre á quien tan enamorado creia, cuando en un momento de despecho

se ausentó de su lado, la hubiese olvidado tan absolutamente.

La quinta y demas posesiones de doña Angela estaban perfectamente conservadas y cultivadas, aun despues de siete años de guerra desoladora, y los honrados arrendatarios la dieron cuentas las mas exactas del largo tiempo en que habian estado incomunicados. Todo era paz y dulzura, donde antes moraban la guerra y la desolacion: en vez de retumbar el estampido de los cañones, ora resonaban los golpes de la azada y del hacha del leñador, y los apacibles cánticos de los pastores: hasta los numerosos huéspedes cortesanos que á fuer de curiosos admiradores invadieron aquellas comarcas, parece que se purificaron del contagio de las ciudades antes de penetrar en tan venturoso recinto, que el soplo de la discordia no habia podido contaminar.

Para que nada faltase á la dicha de la hermosa madrileña, el cielo le proporcionó una amiga en Laura, sobrina del abad de uno de aquellos pueblecitos, educada con esmero por una madre que acababa de perder, y dirigida últimamente por los consejos de su anciano y virtuoso tío. Su rostro cubierto de una dulce palidez, sus negros y rasgados ojos que rebosaban un fuego celestial, sus encendidos labios entreabiertos mil veces con tierna melancolía, su aficion á la soledad, y á la meditacion; todo indicaba una alma poseida de una pasion que absorvia todos los instantes de su vida. En efecto: dotada de una sensibilidad exquisita, de una imaginacion poética, apenas conoció en San Sebastian, donde residia antes de morir su madre, á un jóven que hizo morada algun tiempo en esta ciudad, cuando se encendió en su pecho la llama del amor que mas tarde debia consumirla: el alma ardiente é impetuosa del mancebo simpatizó sobradamente con la suya; pero la conducta estraña é irregular de aquel, inspiró tal desconfianza á su recelosa madre, que al exhalar el último suspiro mandó á su hija retirarse al escondido valle donde su tío la serviria de padre, y olvidar un amor que debia hacerla desgraciada. Lo primero fue cumplido religiosamente; lo segundo... ¡ay! era imposible!

Una tarde del mes de agosto, en que un fresco cebrillo mitigaba el ardor del sol cercano al horizonte, las dos

amigas dulcemente enlazadas con sus brazos, vestida la una de blanco y coronada de menudas florecillas como la aurora de primavera, y cubierta la otra de negro luto, que tanto realzaba su palidez, paseaban á la orilla del río, que poblada de álamos y pomposos sauces, les ofrecía fresca sombra. El sol lanzaba rayos de fuego sobre su tumba, y flotaba con esplendor en la púrpura y el oro, reflejando con brillantez estos colores en las dormidas olas del Ega. Los montes del oriente parecían cubiertos de una niebla violada, y los bosques del ocaso se asemejaban á una verde esmeralda: los pueblecillos de este lado se teñían de un dorado magnífico, y los que á la sombra estaban cobijados se confundían tras de un hermoso claro-oscuro.

Embebecida Laura en su habitual melancolía, guardaba el mas profundo silencio: la hora convidaba á estasiarse en tristes contemplaciones; pero no eran las delicias de la naturaleza las que le hacían enmudecer. Doña Angela distraída con el murmullo del río y de los árboles y con las flores que tronchaba con sus delicados pies, no parecía dispuesta á interrumpir los transportes de su joven amiga: cuando de repente alza esta los ojos, y ve á lo lejos un caballero que lentamente bajaba una colina montado en un soberbio caballo.

La sobrina del abad creyó distinguir á su idolatrado amante, y se estremeció: su corazón latía con tal fuerza, que doña Angela no pudo menos de advertirlo. Su andar era más apresurado; sus ojos estaban fijos en el peregrino, como los del águila sobre su presa; sus latidos eran cada vez mas violentos.

— ¡El es! ¡El es! dijo por fin, abrazando convulsivamente á su amiga, al verle salir del bosque cercano. Laura se desprende de ellos súbitamente, y corre desahogada á los de su amante, que al verla se tiró de su caballo.

— ¡Laura! la dijo con un acento conmovido, reprimiendo un sollozo en su rostro varonil. ¡Al fin te vuelvo á ver!

— Enrique! contestó la doncella con voz profunda, como si saliese del centro de la tierra. — Enrique!... y nada mas pudo añadir.

Doña Angela contemplaba serena este cuadro, procurando adivinar por el traje y acciones del caballero á que categoria perteneciese. Su semblante no la era absolutamente desconocido; aunque no recordaba en donde le hubiese visto.

Mientras tanto los dos amantes se prodigaban las mas tiernas caricias, la virtuosa Laura había vuelto á recobrar su dignidad de mujer un momento olvidada en los primeros arrebatos de la pasión, y Enrique estaba tan embebecido, que ni siquiera reparó en doña Angela cuando se acercaron á ella: esta lo hubiera calificado de imperdonable grosería, á no advertir la ardiente mirada del amante, eiego absolutamente para todo lo que no fuese su querida.

El criado de D. Enrique llevaba de las riendas el caballo de su amo.

— ¡Picarilla! dijo doña Angela á la joven que rechosaba un júbilo celestial. Vamos, que tu conquista no es tan despreciable para haberla tenido tan oculta.

La sobrina del abad no respondió mas que con una ligera sonrisa: apenas era dueña entonces de poder hacer mas demostraciones, á quien no fuese su idolatrado Enrique; pero este, desconcertado por aquella voz, no pudo reprimir un movimiento convulsivo, y exclamar aterrado:

— ¡Señora!!

Las dos amigas atribuyeron esta impresion á la sorpresa que le había causado el hallarse con una nueva persona, cuando en su enagenamiento creía que nadie le acompañaba. Por eso dijo la mas joven no sin algun rubor y confusión.

— Vas tan aturdido, Enrique, que ni siquiera has visto

á esta señora. Y observando que D. Enrique no la hacía cumplido ni saludo alguno, añadió:

— Es una amiga mia que acaba de venir de la corte: nuestras relaciones son de pocos meses; pero segun las raíces que han echado en nuestro corazón parecen de muchos años.

Enrique tampoco respondió.

Si la noche que iba afortunadamente cerrando no ocultara las contracciones de su semblante, su mortal palidez y el herizamiento de sus cabellos, las señoras se hubieran asustado.

Vuelto por fin un poco de su turbación pudo tartamudear algunas palabras, haciendo una leve inclinación de cabeza, de las que la maligna señora se reía para sus adentros, y pasaba comentar en su tertulia.

Poco tiempo despues Laura se retiró á su casa, y Don Enrique pudo escusarse de admitir los ofrecimientos de doña Angela que le importunaba con la suya, y se hospedó en la de un honrado labrador con quien tenía algunas relaciones.

Ninguno de nuestros tres personajes pudo disfrutar aquella noche un sueño tranquilo y blando: el de Laura fue arrebatado por el amor; turbado el de doña Angela por la curiosidad é imperceptibles sobresaltos, y usurpado el del caballero por todo linaje de tormentos. Asi al menos debió suceder; porque al abandonar el techo del dolor advirtieron con espanto los de casa su rostro pálido, hundidos los ojos, y erizado su cabello: saludándole y no responde; le preguntan y se silloza; le compadecen y lanza miradas de furor. Sale por fin del techo hospitalario, y se dice — ¿á dónde? — Ni él mismo lo sabe. Sus primeros pasos parecían encaminarse á la casa del abad; pero se vuelven maquinalmente hacia la quinta. La vista del río, ancho y profundo, le despierta un sombrío pensamiento, porque sus labios se contraen sonriendo amargamente, y murmura diciendo:

— Es preciso verla! — Y aparta sus ojos de las olas dirigiéndolas una rápida ojeada, como la última del avaro á su tesoro.

Encontró, por fin, D. Enrique á la dueña de la quinta, tomando chocolate en un elegante cenador del jardín, y no pudo menos de sorprenderse la buena señora al verle tan desaliñado en sus vestidos y tan desfigurado en su semblante; con la mayor cortesía le ofreció el desayuno, y le mandó sentar; ambas cosas rehusó el caballero bruscamente.

— Pero, ¿qué tiene V., añadió! ¿es V. el mismo que ví ayer tarde en los brazos de mi amiga?

Don Enrique tembló; y lanzando un profundo suspiro, respondió con abatimiento.

— No, señora, no soy el mismo; porque no soy el amante de Laura.

Estas últimas palabras le costaron un penoso esfuerzo.

— Caballero, dijo la señora, como picada ya de curiosidad; desde anoche pude entrever algun misterio en su conducta de V., y hoy se confirman mis sospechas. No he podido menos de pensar despues que nos separamos...

— ¿Será posible que V. haya pensado en mí esta noche pasada? la interrumpió con viveza y conmocion.

Doña Angela hubo de sorprenderse, tanto del tono de voz del caballero, como de sus palabras.

— Señor Don Enrique, le contestó, aunque esta sea la segunda vez que tengo el honor de hablar á V. en toda mi vida, me atrevo á decirle que no hay motivo alguno para admirarse de que una persona recuerde á la noche lo que le ha sucedido ó visto durante el día; mayormente cuando esto sale de la esfera comun y regular.

Don Enrique la contestó, mirándola con ojos indagadores.

— Señora, he sentido la desgracia ó la fortuna de ver á V. en Madrid repetidas veces; y la fortuna ó desgracia mayor todavía de apasionarme de V. con el delirio y ceguedad...

Una carcajada que no pudo reprimir la hurlona señora, dejó cortado al desventurado joven; y tratando aquella de soldar este brusco rompimiento, le dijo, reloxándola la risa en sus hermosos labios.

— He debido conocer desde un principio que su condición de V., amiga de bromas, simpatiza con la mía.

— Señora, contestó D. Juan casi vertiendo lágrimas de fuego, cuando un hombre como yo, despues de haber pasado una noche que solo pueden envidiar los réprobos; despues de andar luchando y reluchando con una pasión que me sigue á todas partes como las sombras al asesino; que me rebosa del corazón, y me despedaza; cuando un hombre en el estado mas miserable y profundamente conmovido, dice á una mujer: "Yo te amo" creo que no es la risa, no es el desprecio el que debe responderle.

— Me parece, D. Enrique, que no ha despertado V. todavía: supone que habla delante de Laura, la sobrina del abad, y soy yo Doña Angela de...

— No sueño, no, ¡ojala soñara! ¡ojala que estos momentos amargos y crueles me dejasen tan solo un recuerdo pasajero al despertar! Conozco que mi conducta es bastante estraña para que no disculpe suficientemente ese aire jovial con que V. rechaza mis palabras de lava ardiendo: conozco que del hombre de ayer tarde que pudo por un momento abogar su primer amor con las caricias de otro; al hombre que hoy desdeñando estas, se halla en vuestra presencia esperando la vida ó la muerte; hay una semejanza que lo hace desconocer. Señora, yo he amado á V. desde hace mucho tiempo, y muy desde los principios desespere de mi felicidad: he tratado de combatir de todas maneras esta maldadada pasión, y una de ellas ha sido queriendo encender otra nueva. Me dirá V. que he hecho una víctima, que he despedazado un corazón bárbaramente; mis remordimientos me lo repiten incesantemente de una manera mas espantosa! He hablado á Laura como un enfermo en el delirio de la fiebre; la he escuchado como el hombre embevido en profundas reflexiones escucha un cántico apacible y armonioso; como el desesperado el murmullo de las olas en que va á sepultarse. Hubo un dia, lo confieso, en que dí un paso en la carrera del olvido; pero ayer tarde, señora, á mi senda acostumbrada, para no descamiarme jamás.

— Pues vamos, contestó Doña Angela con cierta ironía, una vez aprendido el camino es muy facil volverle á encantar: V., no lo dudo, hará mas progresos en él; y el tiempo, la ausencia, y sobre todo, esa práctica de galanteos y esa facilidad de jugar con el corazón de unas muchachas sencillas é inexpertas horrarán para siempre de su alma la memoria de una señora casada, que siempre será fiel á la de su esposo.

Dicho esto, se levantó Doña Angela en ademán de retirarse.

— ¡Angela! contestó D. Enrique, no pudicndo reprimir un movimiento de alegría; y luego añadió con abatimiento: — Y sabe V. si existe ese desventurado?

— ¿Mi esposo?

— Don Juan de Sevilla.

La señora quedó desconcertada. En aquel momento conoció de lleno cuan culpable era su indiferencia, y cuan poco delicada su conducta. Se ruborizó al verse advertida por un estraño; derramó una lágrima que resbalando por sus mejillas fué á caer en la frente de su esposo, el fugido

Don Enrique, que arrodillado delante de ella, la cogió una mano que besaba regándola con abundoso llanto, y sollozaba profundamente cuando queria hablar.

Era, en efecto, D. Juan de Sevilla, diez años ha separado de su esposa; vagabundo, errante, luchando con su intenso y fatál amor, y esforzándose por desarraigarlo con otro nuevo. Era un torrente que desviado por su impetuosidad de su curso acostumbrado, se detiene en un profundo valle, y lo tala é inunda, y torna luego al cauce desamparado: era un ciervo acosado de la suelta trahilla de hambrientos canes, que para libertarse de sus agudos dientes penetra en el bosque comarañado, y desgaja sin piedad las tiernas y floridas ramas en su veloz carrera. Troughó, sí, desapiadado aquella flor solitaria, con toda la frescura de su belleza, con todos los perfumes de su inocencia, con toda la lozania de su juventud, sin tener ni aun el triste consuelo de que el sacrificio de la inmaculada víctima aplacase la volcánica pasión que le consumia.

Don Juan hubiera hecho á su conturbada esposa la declaración de su misteriosa existencia, si en aquel momento no se oyeran pisadas y el ramor del ramage removido por algunas personas que al cenador venian. Doña Angela le ayudó á levantar del suelo: serenáronse ambos del mejor modo posible, al tiempo en que varios jóvenes llegaron á visitar á su amable posesora que los recibió con la alegría acostumbrada.

Don Juan se separó de aquella bulliciosa concurrencia despues de haber entregado á su esposa unas líneas que en un momento favorable pudo escribir en una hoja de su libro de memorias.

Algo mas sereno, no pudo escusarse de hacer una visita á su engañada Laura, que temblando de amor y de impaciencia le esperaba de pechos en el balcón de su casa.

Agena la infeliz de la tempestad que iba á estallar sobre su incauta frente, quedó tan pagada y contenta porque su amado Enrique colocó un su pecho, exhalando un profundo suspiro, una rosa que sus delicadas manos habían cortado para él aquella mañana.

(Se concluirá.)

EL NEGRO.

Hinchadas van las galias, hinchadas las mayores,
y el bergantín negro divide el ancho mar;
ni la horruca esquiva, ni tane sos furros,
ni del audaz britano la cólera arrostrar.

Veloz, como su nombre, sacada blanca espuma,
el ventarral saliente la preta y el bauprés,
veloz, como su nombre, deshace negra bruma,
que al cruzador elubase descarga de través.

Levántase anguloso, desprecia la embastida,
y vuela de sus jarcias al hórvido cruzar;
hinchadas van las galias, que a pena de la vida,
al que una escota avnie, se escucha repetir.

Y un hombre allá en la popa su *torna-voz* empuña,
y empuña una pistola, que es grande su valor;
y ¡andar! ¡andar! esclama, y á veces refunfuña,
y á veces maldiciones arroja con furor.

Y crece del chubasco la rabia y el encono,
los mástiles cimbrean, los dobla el huracan,
y el hombre de la popa, cual rey desde su trono,
sereno lo contempla, lo mira sin afan.

Que solo un pensamiento su corazon abriga,
y al avistar las playas ensancha el corazon;
que en ellas suspirando de su constante amiga
el nombre en cada ola le pinta su ilusion.

Y vé de Cuba hermosa la gigantesca palma
velarse entre mil nubes de roja claridad,
y vé que en su ribera se goza dulce calma,
y solo en la mar rugé sañuda tempestad.

Sus ojos se oscurecen, y tórnase altanero,
que mira de las olas el impetu crecer;
de su feroz sonrisa se guarda el marinero,
y sube á la *cruceta*, si tal es su deber.

¡Vela á estribor! pronuncia, con voz desentonada,
intrépido *serviola*, y á repetirlo vá;
¡vela á estribor! gritando la chusma amedrentada,
maldice al marinero, que aquel aviso dá.

Tranquilo en la tormenta, sin movimiento clava
los ya cansados ojos, el gefe del *veloz*;
su pecho enronquecido por la tormenta brava
despide aterradora, fatidica una voz.

¡Morir! dice resuelto: de la *mayor* la *escota*
oprime entre sus manos con ira y frenesí;
frio sudor le baña, que de su frente brota,
que allí está su esperanza, y está su muerte allí.

Y ya todos los *cabos* sin vacilar preparan,
y esperan en silencio la *orzada* del *timon*;
y ya de su adversario los *mástiles* reparan,
y ven por sus cañones, que ya perdidos son.

Al grito ¡*arria y carga!* no tiembla ya el marino,
que su esperanza anima la gloria de vencer,
y vé á la muerte airada cerrándole el camino,
y él fiero la provoca, la llama con placer.

Valiente es el negrero; su hermosa batería
despide la metralla, domina al huracan,
y «fuego sin descanso» con bárbara alegría,
al aplicar la mecha, repite el capitán.

Horrible es el combate, y fuerte el enemigo,
que en trance tan dudoso jugando está su honor;
horrible es el combate, que tiene por testigo
de la preñada atmósfera el rayo destructor.

Y crúzanse las balas, que todo lo acribillan,
Los *cascos* de las olas resisten al vaivén,
y en torno mil relámpagos con luz siniestra brillan,
y á su estallido rápido, sin mástiles se ven.

Y acércanse violentos, de su bravura ufanos;
mas ¡ay! que si se tocan, allí no hay salvacion;
los hombres palidecen, y ciérranse las manos,
en el instante crítico, con fria convulsion.

Las ondas los separan, y lejos ya se miran;
inútil es su empeño, la lid no volverá;
y todos son valientes, y todos sed respiran
de sangre y de venganza, que no se apagará.

La costa vé el negrero, que la borrasca cesó,
y pronto amiga playa salud le vá á ofrecer;
y vé el inglés rabioso huírsele una presa,
que pérfido esperaba rendir á su poder.

J. M. DE ANDUEZA.

ADVERTENCIA.

Desde el día 15 del corriente se hallarán de venta en los puntos donde se suscribe al Semanario Pintoresco los tomos encuadernados correspondientes al año último de 1840, al precio de 36 rs. en Madrid, y con el aumento del porte en las provincias. A los mismos precios se espenden en los espresados puntos los tomos segundo, tercero y cuarto: el tomo primero se dará en Madrid á 30 rs.

Se suscribe en Madrid en la librería de la viuda de Jordan é hijos, calle de Carretas; en la de la viuda de Paz, calle Mayor, frente á las gradas; en la extranjera, calle de la Montera; y en la de Mma. Poupart, calle del Arenal. En las provincias en las principales librerías y administraciones de correos.

Las cartas y reclamaciones se dirigirán francas de porte á la administracion del Semanario, calle de la Villa, número 6, cuarto principal.

Se previene á los Sres. suscritores que no será satisfecha ninguna reclamacion transcurrido que sea un mes despues de publicado el número que se reclame.